

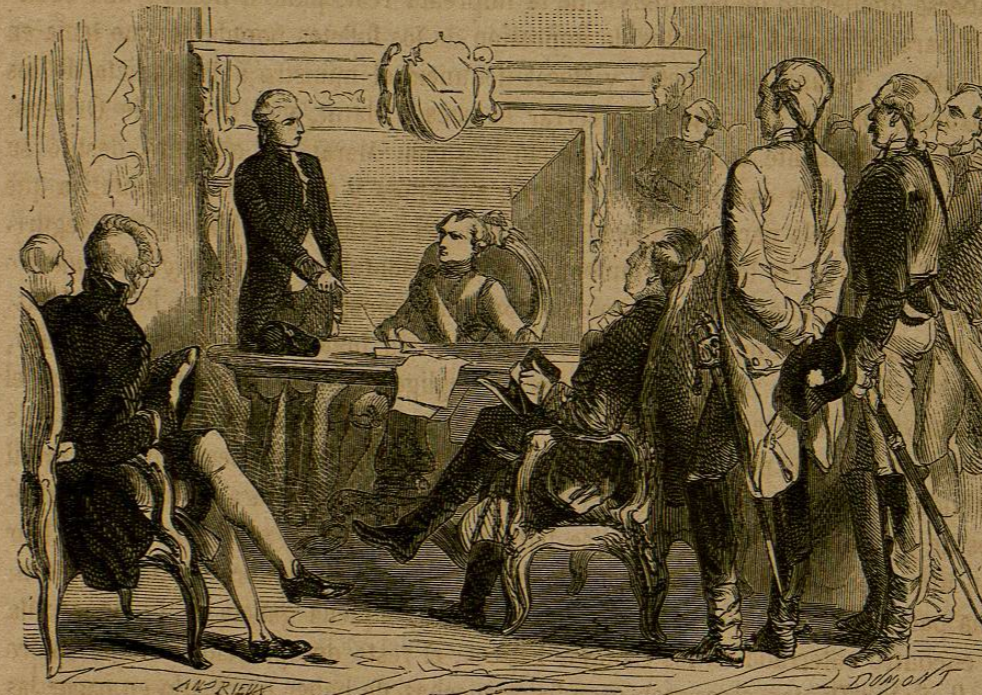
guinarias provocaciones del ayuntamiento, los periódicos escritos en sus oficinas, y cuyos artículos más vigorosos respiraban el alma de su esposa; *El Centinela*, diario republicano y razonable, escrito bajo su direccion por Louvet, atestiguaban sus esfuerzos por contener la revolucion en las vías de la justicia y de la ley.

Bien pronto Danton y Fabre d'Eglantine trataron de quitar á Roland este medio de accion sobre el espíritu público, apoderándose de la mayor parte de los dos millones de fondos secretos que la Asamblea habia confiado al poder ejecutivo. Lo consiguieron, en efecto, y desarmaron así al ministro del Interior, quitándole la débil y única palanca que le quedaba para remover la opinion.

Por su parte Marat, ménos dominante pero más ambicioso, no contento con haberse apoderado de las prensas de la imprenta real, pidió á Roland una cantidad para sufragar á los gastos de impresion de los folletos populares que tenia en su cartera. Roland se la negó, y Marat denunció al ministro á la vindicta de los patriotas. Danton se encargó de cerrar la boca á Marat, y el duque de Orleans, ligado secretamente con Danton, prestó la suma. Marat, no obstante, destiló su rabia en líneas de sangre contra Roland, su esposa y amigos. Cada tentativa que este partido hacía para restablecer la accion del gobierno y el orden y la seguridad en Paris y en los departamentos, se representaba por *el amigo del pueblo* y por los asalariados del ayuntamiento como una conspiracion contra los patriotas. El robo del guardamuebles de la corona, que tuvo lugar en estas circunstancias, sirvió de texto para nuevas acusaciones de negligencia ó de complicidad contra el ministro del Interior. Roland se consternó de un acontecimiento que privaba á la nacion de riquezas preciosas en momentos de necesidad. Hizo perseguir con inútil actividad á los oscuros autores de este saqueo, y fueron capturados algunos ladrones de profesion que parecia que se habian asociado á este robo sólo para cubrir con unos nombres deshonorados los de los verdaderos expoliadores de aquel tesoro. Una parte de los objetos preciosos que encerraba aquella gaveta de la monarquía se encontró enterrada en los Campos Elíseos; el resto desapareció sin dejar rastro de él. Sobre Danton recayeron grandes sospechas de haber empleado en pagar las tropas de Dumouriez y en sobornar el estado mayor del rey de Prusia una parte de los valores allí ocultos, con los cuales pagó la evacuacion del territorio frances por los aliados. Los agentes tenebrosos del ayuntamiento, entre los cuales los culpados tenian evidentemente algunos cómplices, fueron acusados de haber empleado la otra parte en asalarar la anarquía y en perpetuar su dominacion; cargos vagos y sospechas sin pruebas, que el tiempo ni ha justificado completamente ni completamente desmentido.

Acusado Roland encarnizadamente por Marat, contestó á la acusacion con una proclama á los parisienses. Sus golpes no se limitaban á Marat, sino que alcanzaban á todo el ayuntamiento, cuya lucha con la Asamblea se envenenaba más cada día. «Deshonrar á la Asamblea nacional, instigar á la rebeldía contra ella, sembrar la desconfianza entre las autoridades y el pueblo, ved ahí el objeto de los anuncios y periódicos de Marat,—decia Roland.—Leed el del 8 de Setiembre, en que á todos los ministros, excepto Danton, se les denuncia á la animadversion pública y son acusados de traicion. Si estas diatribas fuesen anónimas ó firmadas con un nombre oscuro, yo las despreciaría; pero llevan el nombre de una persona que el cuerpo electoral y el ayuntamiento cuentan entre sus miembros, y que se trata de traer á

la Convencion. Semejante acusador me obliga á responder, y aunque esta respuesta hubiese de ser mi sentencia de muerte, yo la daria del mismo modo siempre que fuese útil á mi país. He nacido con la firmeza de carácter que sostiene la virtud, desprecio la fortuna, ambiciono la gloria honrada, y no puedo vivir sino en paz con mi conciencia. Véase mi vida y léanse mis obras; desafío á la malevolencia á que halle un solo acto, un solo sentimiento de que yo tenga que avergonzarme. Durante cuarenta años de administracion, he hecho mucho bien. Sesenta años de trabajos me hacen preferir el retiro á una vida agitada. Se me acusa de que maquino con la faccion de Brissot. Aprecio á éste, porque le reconozco tanta pureza como talento. He admirado el 10 de Agosto, y me horrorizo de las conse-



Consejo de gabinete celebrado en presencia del rey de Prusia.—Pág. 114.

cuencias del 2 de Setiembre. He comprendido la ira del pueblo, pero he querido que se detuviesen los asesinatos. Yo mismo he sido designado por víctima. Espero que los facinerosos provoquen á los asesinos contra mí. Que vengan; estoy en mi puesto, y sabré morir en él.»

### III

Brissot, cuyo nombre se habia hecho la denominacion de todo un partido, se vió obligado tambien á defenderse de la acusacion de querer restablecer la monarquía en Francia en la cabeza del duque de Brunswick. Petion no cesaba en sus reclamaciones ó en sus discursos en la Asamblea de recordar sus antiguos servicios y sus títulos á la confianza del pueblo. Esto era indicar que se iban ya olvidando. El nombre de madama Roland, mezclado continuamente con el de sus amigos, habia sido arrojado, cubierto de odiosas insinuaciones, á la envidia y al escarnio de la opinion popular. El mismo Vergniaud era ultrajado, amenazado, y se veia

designado por su nombre y por su genio á los sicarios de Setiembre. Dos veces habia ahogado bajo sus piés la impopularidad que se atrajo en dos discursos, en los cuales lanzaba con una mano un reto á los enemigos de Francia, y con la otra amenazaba á los tiranos del ayuntamiento. El primero de estos discursos, pronunciado en el momento en que se anunciaba la pretendida derrota de Dumouriez en el Argonne, habia reanimado el espíritu público y hecho una diversion poderosa á las hostilidades intestinas del ayuntamiento y de los girondinos. Coustard acababa de enumerar las fuerzas que le quedaban á Dumouriez. Vergniaud le siguió en la tribuna.

«Los pormenores que os dan son consoladores,—dijo,—sin embargo, es imposible dejar de tener alguna inquietud cuando se ve un campamento á las inmediaciones de Paris. ¿De dónde viene este entorpecimiento en el que parece que están sepultados todos los ciudadanos que han quedado en Paris? No nos disimulemos nada; ya es tiempo, en fin, de decir la verdad. Las proscripciones pasadas, el rumor de otras proscripciones futuras y las turbulencias interiores han sembrado la consternacion y el espanto. El hombre de bien se oculta cuando se ha llegado á tal estado de cosas que el crimen se comete impunemente. Hay hombres, al contrario, que sólo aparecen en las calamidades públicas, así como hay insectos dañosos que la tierra produce sólo en las tempestades. Estos hombres esparcen sin cesar las sospechas, la desconfianza, los celos, el rencor y las venganzas. Siempre están sedientos de sangre. En sus conversaciones sediciosas tratan de presentar como aristócrata hasta á la misma virtud, para tener derecho de hollarla con sus piés, y representan como demócrata al crimen, para apoderarse sin temor de la espada de la justicia. Todos sus esfuerzos tienden hoy á deshonorar la más hermosa de las causas, á fin de sublevar contra ella á las naciones amigas de la revolucion. ¡Oh, ciudadanos de Paris! Yo os lo pregunto con la más profunda emocion: ¿no quitaréis nunca la máscara á esos hombres perversos que no tienen para captarse vuestra confianza sino la bajeza de sus medios y la insolencia de sus pretensiones? Ciudadanos, cuando el enemigo avanza, y cuando un hombre, en lugar de impulsaros á tomar la espada para rechazarlo, os impulsa á degollar ferozmente á mujeres y ciudadanos desarmados, ese hombre es enemigo de vuestra gloria y de vuestra libertad. Os engaña para perderos. Cuando, al contrario, un hombre no os habla de los prusianos sino para indicaros el corazón donde debéis herir, cuando os impulsa á la victoria por medios dignos de vuestro valor, ese hombre es amigo de vuestra gloria y de vuestra felicidad, os quiere salvar. Abjurad, pues, vuestras disensiones intestinas. Marchad todos juntos al campo. Allí está vuestra libertad. Cada dia oigo decir: podemos sufrir una derrota. ¿Y qué harán los prusianos? ¿Vendrán á Paris? No, si Paris se pone en un estado respetable de defensa, y si preparais los puntos en donde podais oponer una fuerte resistencia; porque entónces el enemigo temería verse perseguido y envuelto por los restos de los ejércitos que hubiera vencido, y creería verse aplastado como Sanson bajo las ruinas del templo. ¡Al campo, pues, ciudadanos, al campo! Y qué, miéntras que vuestros hermanos y conciudadanos abandonan por una adhesion heroica lo que la naturaleza les hace amar más, sus esposas, sus hijos y sus hogares, ¿permaneceréis sumidos en una muelle ociosidad? ¿No teneis otro medio de probar vuestro celo que preguntar, como los atenienses, qué hay de nuevo? ¡Al campo, ciudadanos, al campo! Miéntras que vuestros her-

manos riegan acaso con su sangre las llanuras de la Champaña, no temamos nosotros regar con el sudor de nuestras frentes las llanuras de San Dionisio para asegurar su retirada.»

Este discurso, en que las figuras de Danton, de Robespierre y de Marat estaban indicadas con toda claridad en los hombres sanguinarios que Vergniaud acusaba á la execracion de Francia, electrizó de tal modo á la Asamblea, que ninguna voz osó responderle, pareciendo que la faccion del ayuntamiento se sumergía bajo este torrente de patriotismo. Dos dias despues, con motivo de una nueva queja de Roland contra las asechanzas del ayuntamiento, Vergniaud apostrofó más directamente á los instigadores de los asesinatos de Setiembre, y declaró la guerra á la tiranía disfrazada de los jacobinos. Algunas peticiones de los presos reclamaban que se atendiese á la seguridad de las cárceles.

«Si no hubiese que temer más que al pueblo,—dijo Vergniaud,—yo diría que todo se podia esperar, porque el pueblo es justo y aborrece el crimen. Pero hay aquí facinerosos asalariados para sembrar la discordia, esparcir la consternacion y precipitarnos en la anarquía. (*Aplausos*). Han temblado por el juramento que habeis prestado de proteger con todas vuestras fuerzas la seguridad de las personas, de las propiedades y la ejecucion de las leyes. Ellos se han dicho: Se quiere hacer cesar las proscripciones, quieren arrancarnos las víctimas, quieren impedirnos el degollarlas entre los brazos de sus mujeres y de sus hijos. Pues bien, recurramos á los mandatos de prision de la comision del ayuntamiento. Denunciemos, prendamos, amontonemos en los calabozos á todos los que queremos perder. Agitemos en seguida al pueblo, arrojemos sobre ellos nuestros sicarios, y establezcamos en las cárceles una carnicería de carne humana, en la cual podamos saciar á nuestro gusto la sed de sangre que nos abrasa. (*Aplausos unánimes y reiterados en la Asamblea y en las tribunas*). ¿Y sabeis, señores, cómo disponen de la libertad de los ciudadanos estos hombres que se imaginan que han hecho la revolucion para sí, y que creen tontamente que se ha enviado á Luis XVI al Temple para colocarlos á ellos en el trono de las Tullerías? (*Aplausos*). ¿Sabeis cómo se decretan estos mandatos de prision? El ayuntamiento de Paris se fia en su comité de vigilancia. Este comité de vigilancia, por un abuso de todos los principios, ó por una confianza criminal, da á ciertos individuos el terrible derecho de hacer prender á los que le parecen sospechosos. Estos delegan aún este derecho á otros asociados suyos, á cuyas venganzas es preciso contribuir si se quiere que ellos sirvan á su vez á las venganzas de sus cómplices. ¡Ved de qué extraña serie dependen la libertad y la vida de los ciudadanos! ¡Ved en qué manos descansa la seguridad pública! ¡Y los ciegos parisienses osan llamarse libres! ¡Ah! Ciertamente es que no son esclavos de unos tiranos coronados, pero lo son de los hombres más viles y más facinerosos. (*Nuevos aplausos*). Ya es tiempo de romper estas vergonzosas cadenas y de destruir esta nueva tiranía. Ya es tiempo de que los que hacen temblar á los hombres hourados tiemblen á su vez. No ignoro que tienen puñales á sus órdenes. ¡Oh! En la noche del 2 de Setiembre, en esa noche de proscripcion, ¿no se ha querido dirigirlos contra muchos diputados y contra mí? ¿No se nos ha denunciado al pueblo como traidores? Felizmente era el pueblo el que estaba allí: los asesinos estaban ocupados en otra parte. (*Estremecimiento general*). La voz de la calumnia no produce ningun efecto, y la mia aún puede hacerse oír aquí. Yo

os lo aseguro, ella tronará con toda su fuerza contra los crímenes y contra los tiranos. ¿Y qué me importan los puñales y los sicarios? ¿Qué importa la vida al representante del pueblo, cuando se trata de obrar por la libertad de la patria? Cuando Guillermo Tell asestaba la flecha que debía atravesar la manzana puesta en la cabeza de su hijo, exclamó: «¡Perezca mi nombre y mi memoria con tal que Suiza sea libre!» (*Prolongados aplausos*). Y nosotros también diremos: ¡Perezca la Asamblea nacional y su memoria con tal que Francia sea libre!»

Los diputados se levantan impulsados por un movimiento unánime, y repiten con entusiasmo el juramento de Vergniaud. Las tribunas imitan este movimiento y confunden sus voces con los diputados. Vergniaud, interrumpido por un instante, prosigue así: «Sí, perezcan la Asamblea nacional y su memoria, si ahorra con su muerte un crimen á la nación; crimen que imprimiría una mancha en el nombre frances; si su vigor enseña á las naciones de Europa que, á pesar de las calumnias que se inventan para mancillar á Francia, hay todavía en el seno de la anarquía momentánea en que los malvados han sumido nuestra patria algunas virtudes y algun respeto por la humanidad. Perezcan la Asamblea nacional y su memoria si sobre nuestras cenizas, nuestros sucesores, más dichosos que nosotros, pueden asentar el edificio de una Constitución que asegure la felicidad de Francia, consolidando el reinado de la libertad y de la igualdad».

## IV

Estos discursos consolaban por un momento á las gentes honradas, pero no intimidaban á los hombres sanguinarios. Los girondinos tenían en favor suyo la razón, la elocuencia y la mayoría de la Asamblea. Los jacobinos sólo tenían un poder organizado en las comisiones de la casa de la ciudad, y una fuerza armada en las secciones para ejecutar sus pensamientos. Los mejores sentimientos de los girondinos se evaporaban despues de haber resonado en magníficas palabras. Los deseos de los jacobinos se convertían en actos al día siguiente de haberlos concebido, continuando en desafiar á la Asamblea. Sus diarios y sus oradores pedían un segundo 10 de Agosto contra Roland y sus amigos. Collot-d'Herbois aspiraba abiertamente á reemplazar al ministro del Interior, y fomentaba el odio del pueblo contra él. Pache, suizo de nación, hijo de un conserje en París protegido por Roland y elevado por él hasta el ministerio de la Guerra, lo abandonó cuando Roland no pudo serle útil, pasándose á las filas de sus enemigos.

En el pensamiento de Roland y de Vergniaud, aquel reinado violento y anárquico de la insurrección, bajo el nombre de ayuntamiento, debía cesar por sí mismo el día en que una Convención nacional centralizase la voluntad pública y reasumiese en sí los poderes arrancados por un momento al pueblo por los facciosos y los proscriptores.

Los departamentos, envidiosos de la invasión que había hecho París sobre la nación, y excitada la indignación de los hombres honrados por los asesinatos de Setiembre, debían, según los girondinos, anonadar al ayuntamiento, restaurar el poder ejecutivo y restituirlo á los más dignos y á los más capaces. Esta confianza les había hecho pacientes durante las cinco semanas que acababan de pasar. La Convención iba á aparecer, y los departamentos lo esperaban todo de esta repre-

sentación nacida en medio de tan grandes crisis. El ministro del Interior se lisonjeaba en sus circulares de que pronto se restablecería el orden. «Vuestros representantes,—les decía,—extraños á las facciones que agitan la capital, se alejarán, cuando lleguen á París, de los hombres sediciosos como Marat y Danton. La anarquía los rechazará por el disgusto que ella inspira á los buenos ciudadanos.» Les prometía además el apoyo moral de los ejércitos, y de Dumouriez sobre todo, á



Dumouriez en casa de Roland.—Pág. 117.

quien la victoria acababa de hacer el árbitro de la patria. Santerre, comandante de la guardia nacional de las secciones, es cierto que pertenecía al partido del ayuntamiento por su alianza con Panis, uno de los principales agentes de aquel partido; pero Barbaroux y Rebecqui respondían de los batallones marseleses vencedores del 10 de Agosto, fuerza suficiente, según ellos, para defender la Convención contra los arrabales de París. Ochocientos marseleses llegaron de nuevo del Mediodía, respondiendo á su llamamiento. Además, Marat causaba horror, y Danton inspiraba espanto. Estas consideraciones, presentadas con frecuencia á los girondinos con la fría autoridad de Brissot y la clemente indignación de Vergniaud, y llenas de pasión merced á las miradas y al fuego patriótico que exhalaba el alma

de madama Roland, daban á aquellos jóvenes confianza en la victoria é impaciencia por el combate.

En el partido opuesto, cierta duda descubria la inquietud. Las sesiones de los Jacobinos desde algun tiempo eran poco frecuentes é insignificantes. Los nuevos diputados de la Convencion no se inscribian en aquel club, pareciendo que temian comprometer su carácter y su independencia en una filiacion sospechosa de violencia y usurpacion. Petion y Barbaroux luchaban allí con ventaja contra Fabre d'Eglantine y Chabot. Marat no agitaba sino á la más baja hez del populacho. Este hombre era más bien el escándalo patente de la revolucion, que una verdadera fuerza revolucionaria. Despopularizaba al ayuntamiento sólo con tomar asiento en él. El mismo Danton parecia intimidado por la proximidad de la Convencion. Su pasado gravitaba sobre su genio, y hubiera querido hacerlo olvidar, y sobre todo olvidarlo él mismo. Todo lo que le recordaba las jornadas de Setiembre le era importuno y doloroso. Hombre de discernimiento, y como inspirado por el genio inculto del gobierno, pensaba que el papel de jefe de una faccion demagógica en la casa de la ciudad de Paris era un papel mezquino, precario, subalterno, indigno de Francia y de él. La direccion de una insurreccion, las proscripciones atroces y el gobierno sangriento de un interregno de seis semanas no satisficieron su ambicion.

Para imponer su dictadura ilimitada á la nueva Asamblea, le era necesario á Danton una de estas dos cosas: el ejército ó la popularidad. El ejército, porque él no lo tenia aún, aunque pensaba crearse uno; la popularidad, tenia el sentido político demasiado fino y ejercitado para contar por largo tiempo con la suya, y conocia que se usaba y se le huía de las manos de hora en hora. Además, tenia demasiada elevacion de miras para despreciarla. Juzgar y despreciar su propia popularidad es el sino del hombre de Estado: Danton habia nacido con este sino. Una cosa sola le habia faltado para apoderarse y seguir desempeñando el papel de hombre de Estado: la moralidad en la ambicion, é inocencia en los medios. De esta falta habia sido castigado en el acto. Grande y temido todavía por el terror que inspiraba su crimen, no se disimulaba la repugnancia que causaba su nombre. No podia vencer este sentimiento de aversion pública sino por nuevos crímenes ó por una desaparicion voluntaria de la escena pública durante algun tiempo. ¡Pero cometer nuevos crímenes! No los deseaba, porque la sangre de Setiembre le fué demasiado amarga para que él tratase de derramarla otra vez. Danton tenia un corazon humano en el fondo, y aunque pervertido, no insensible. Su crueldad fué un espasmo de la pasion, más bien que la sed de sangre de un alma atroz. Habia sacrificado por sistema, no por inclinacion natural. Esto no lo confesaba en público, pero sí á su mujer. Empezaba ya á arrepentirse, y hemos visto que meditaba, como Sila, una desaparicion voluntaria y momentánea del poder. Despreciaba, sin embargo, demasiado á sus rivales para abandonarles la escena. «¿Ves esos hombres?—decia una noche á Camilo Desmoulins, hablando de los girondinos, de Robespierre y de Marat, en uno de esos desahogos íntimos en que su orgullo descubria muchas veces los secretos de su alma.—¿Ves esos hombres? Pues no hay uno que valga siquiera tanto como un sueño de Danton. La naturaleza no ha vaciado más que dos almas en el molde de los hombres de Estado capaces de manejar las revoluciones: Mirabeau y yo. Despues de habernos formado á nos-

otros dos, ha roto los moldes. Esos hombres son unos parlanchines que pierden el tiempo en arreglar palabras, y que se van luego á dormir al ruido de los aplausos. ¿Crees tú que yo voy á disputarles la tribuna y el ministerio? Desengáñate, yo voy á separarme á un lado y entregarlos con su impotencia á la nada de sus ideas y á las dificultades del gobierno. La grandeza de los acontecimientos los estrellará. Para desembarazarme de ellos no necesito más que á ellos mismos.» Así los girondinos encontraron el lugar casi vacío y la opinion desarmada delante de ellos. Sólo un hombre se habia engrandecido en opinion y en popularidad desde el 10 de Agosto, y este hombre era Robespierre. Estudiémosle ántes del momento en que va á perderse en medio del tumulto de los sucesos.

## V

Robespierre parecia entonces el filósofo de la revolucion. Por una potencia de abstraccion que no pertenece sino á las convicciones absolutas, se habia, por decirlo así, separado de sí mismo para confundirse con el pueblo. Su superioridad provenia de que parecia que nadie servia como él á la revolucion por ella misma. Este hombre se elevaba en alas de su mismo sacrificio por el pueblo, y éste, por una correspondencia natural, se reconocia en él. La revolucion no era para Robespierre una causa política, sino la religion de su espíritu; él no pedia que le engrandeciese, sino que le permitiese consumarla. Sus ideas, al principio confusas como instintos, empezaban á aclararse por el estudio y por la práctica. Su talento, al principio rebelde y trabajoso, empezaba á servir mejor á su voluntad. Destituido de dotes exteriores y de inspiraciones repentinas de elocuencia natural, habia trabajado tanto sobre sí mismo, meditado, escrito, borrado y desafiado tantas veces la desatencion y el sarcasmo de su auditorio, que habia concluido por dominar y enardecer su palabra, y hacer de su persona, á pesar de su cuerpo flaco y ridículo, de su voz desagradable y de su traje modesto, un instrumento de elocuencia, de conviccion y de pasion.

Dominado durante la Asamblea constituyente por Mirabeau, Maury y Cazales, vencido en los Jacobinos por Danton, Petion y Brissot, oscurecido en la Convencion por la incomparable superioridad de palabra de Vergniaud, si no hubiese sido sostenido por la obstinacion de la idea que ardia en él y por la intrepidez de una voluntad que conocia en sí la fuerza suficiente para dominarlo todo, porque ella le dominaba á él mismo, habria renunciado mil veces á la lucha, y vuelto á la oscuridad y al silencio. Pero á él le era más fácil morir que callar, cuando el silencio le parecia una desercion de sus creencias. Su fuerza estaba en éstas, y era el hombre más convencido de toda la revolucion. Hé aquí por qué fué por tanto tiempo su servidor oscuro, su favorito, su tirano, y por último, su víctima.

Se ha creido por sus contemporáneos que la revolucion no era á sus ojos sino la realizacion de la filosofia del siglo XVIII y la manifestacion de la justicia y de la razon en la ley. Robespierre era una utopia filosófica en accion. Su política, escrita en *El Contrato social*, no era sino la letra sin alma de la teoría evangélica que él queria realizar en instituciones democráticas. Libertad, igualdad y fraternidad entre los ciudadanos, y paz entre las naciones: estas palabras, comentadas en provecho de todos los hombres y en contra de todos los privilegios y de todas